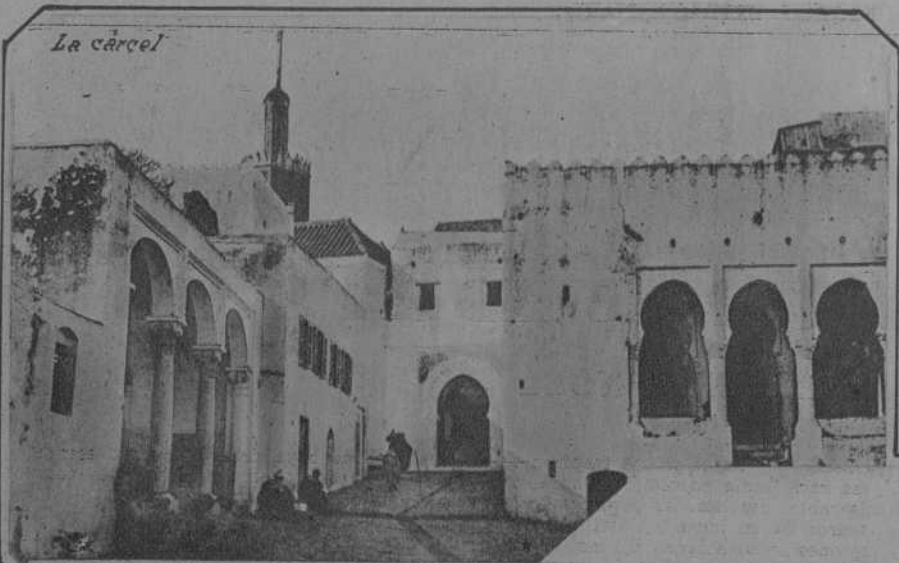


*Los grandes cuadros
de nuestros museos.
"GOYA" cuyo centenario
acaba de cumplirse y que
va a ser celebrado con
solemnidad nacional*



Retrato hecho por V. López.

(foto. Vidal)



La cárcel

Tanger, La deseada



Vista general



La Gran Mezquita



El mercado



La Aduana



Una calle

Edif. Lebrun

1926
1927
1928
1929

Los encantos y las excentricidades de Deauville.

Para el verano hay el Mediterráneo de Deauville... El da el tono, le regala recreativa al mundo, recogiendo todos los millonarios internacionales, todas las elegancias cosmopolitas y todas las excentricidades de los desocupados "chic". Es la playa de Cosmopolis.



A veces, la playa, adquiere un carácter burgués.

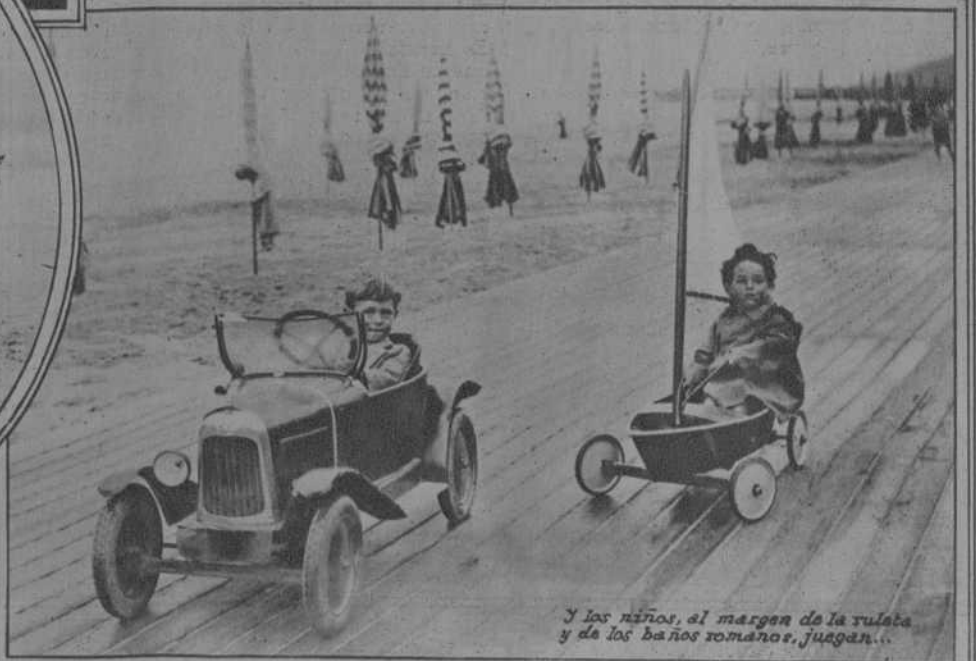


Los autos-cadenas dejan en la playa, un rastro de risas...



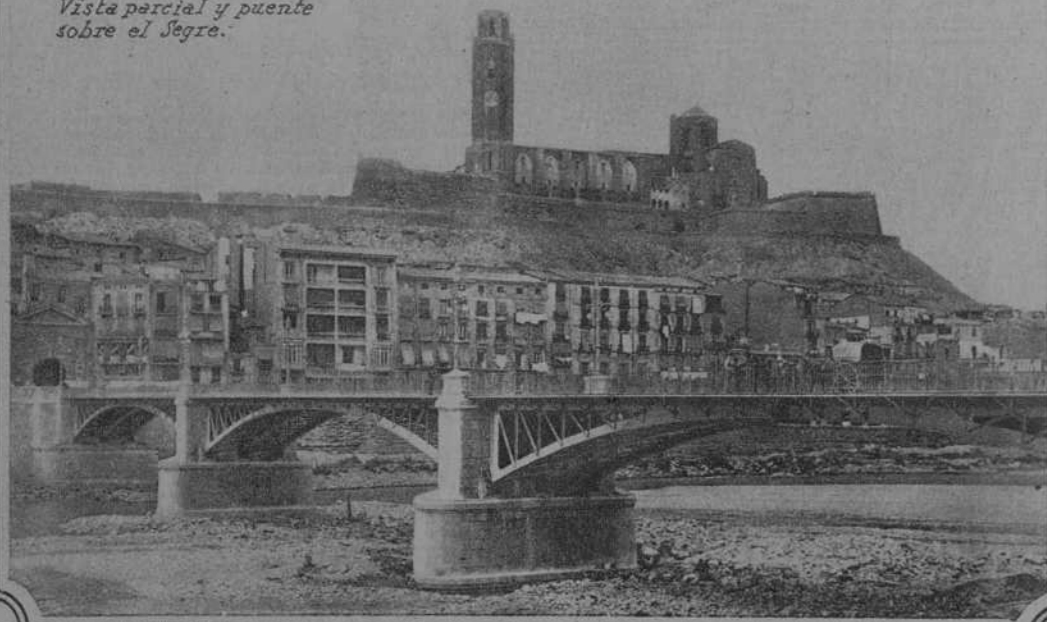
Los tipos excéntricos, con interminables.

(Fot. Meurisse).

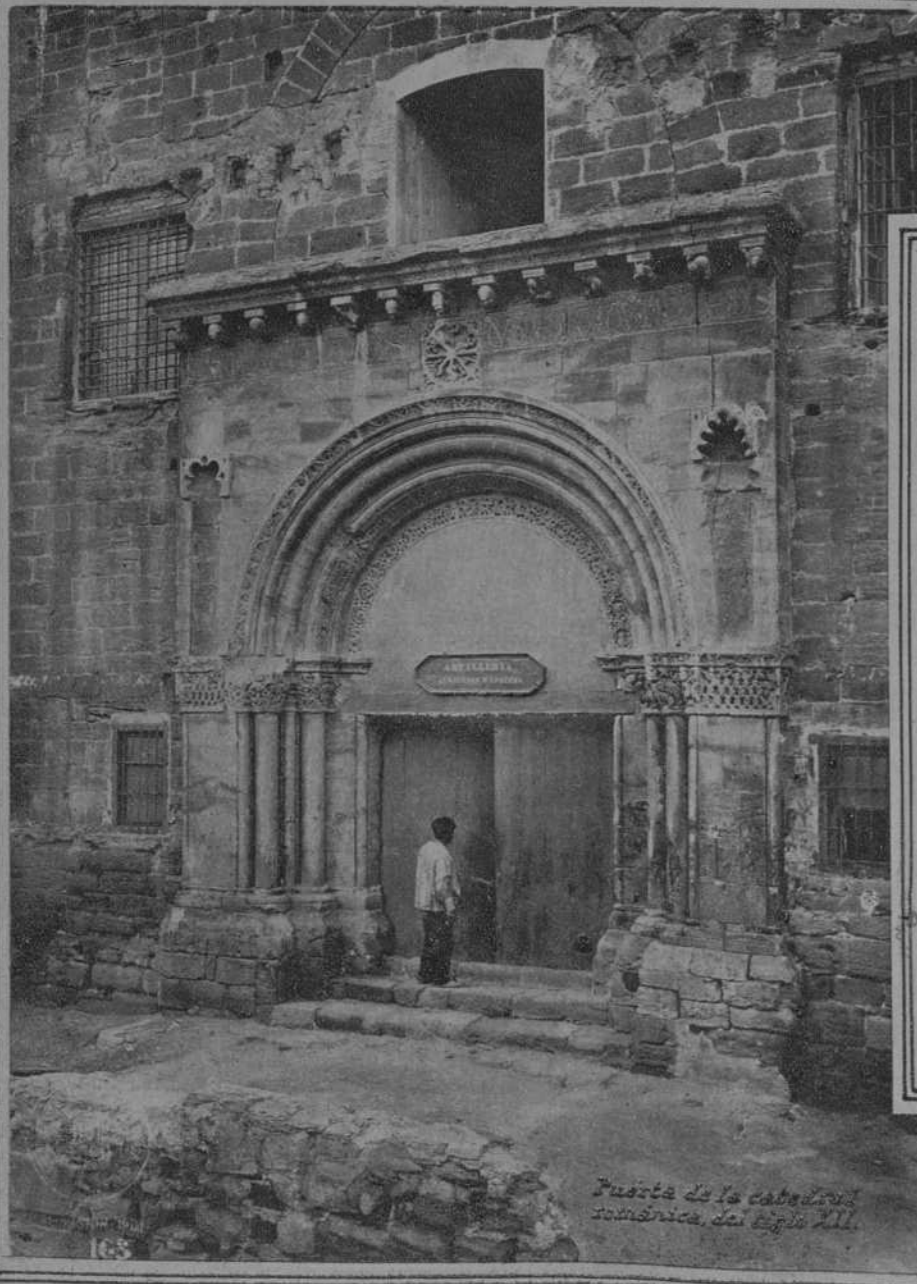


Y los niños, al margen de la ruleta y de los baños romanos, juegan...

Vista parcial y puente sobre el Segre.



Lérida, la vieja y la nueva.



Puerta de la catedral nueva construida en el siglo XVIII.

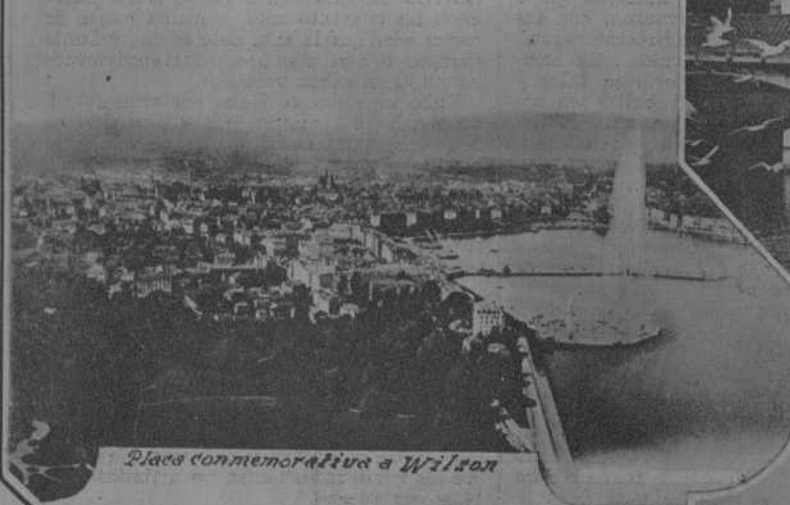


Tiene Lérida una silueta romántica con su alta catedral y su río, el Segre, lleno de leyendas. Su magnífica catedral románica y las murallas, le dominan toda, con un aire mitad eclesiástico, mitad heráldico, aire que rompe la nueva Lérida, llena de empuje, creciendo como ninguna ciudad catalana.

Ginebra

La ciudad del parlamento
del mundo

Vista general

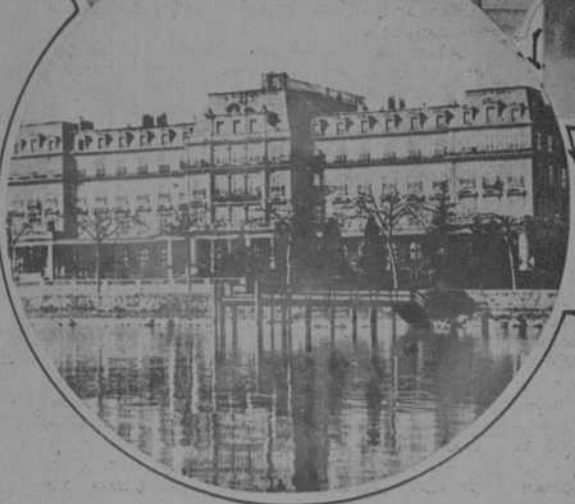


Plaza conmemorativa a Wilson

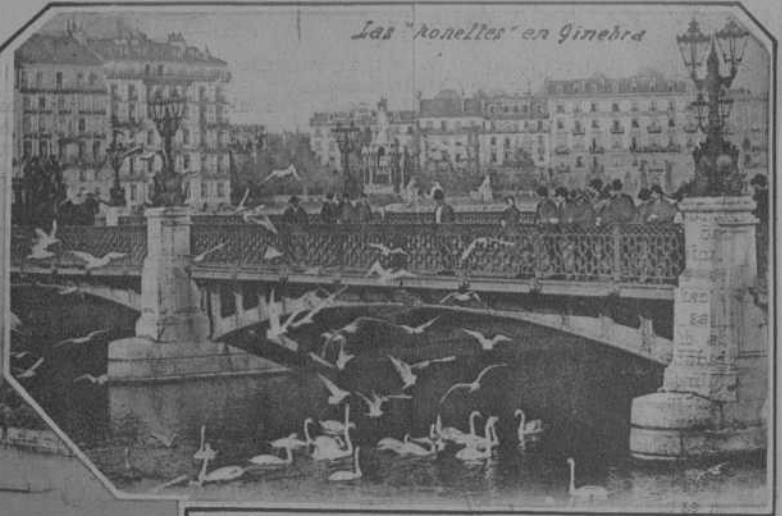


A LA MEMOIRE DE
WOODROW WILSON
PRESIDENT DES ETATS UNIS
FONDATEUR DE LA SOCIÉTÉ DES NATIONS
EN 1919

*Palacio de la
Sociedad de Naciones*



Las "fontelles" en Ginebra



Casa de Correos

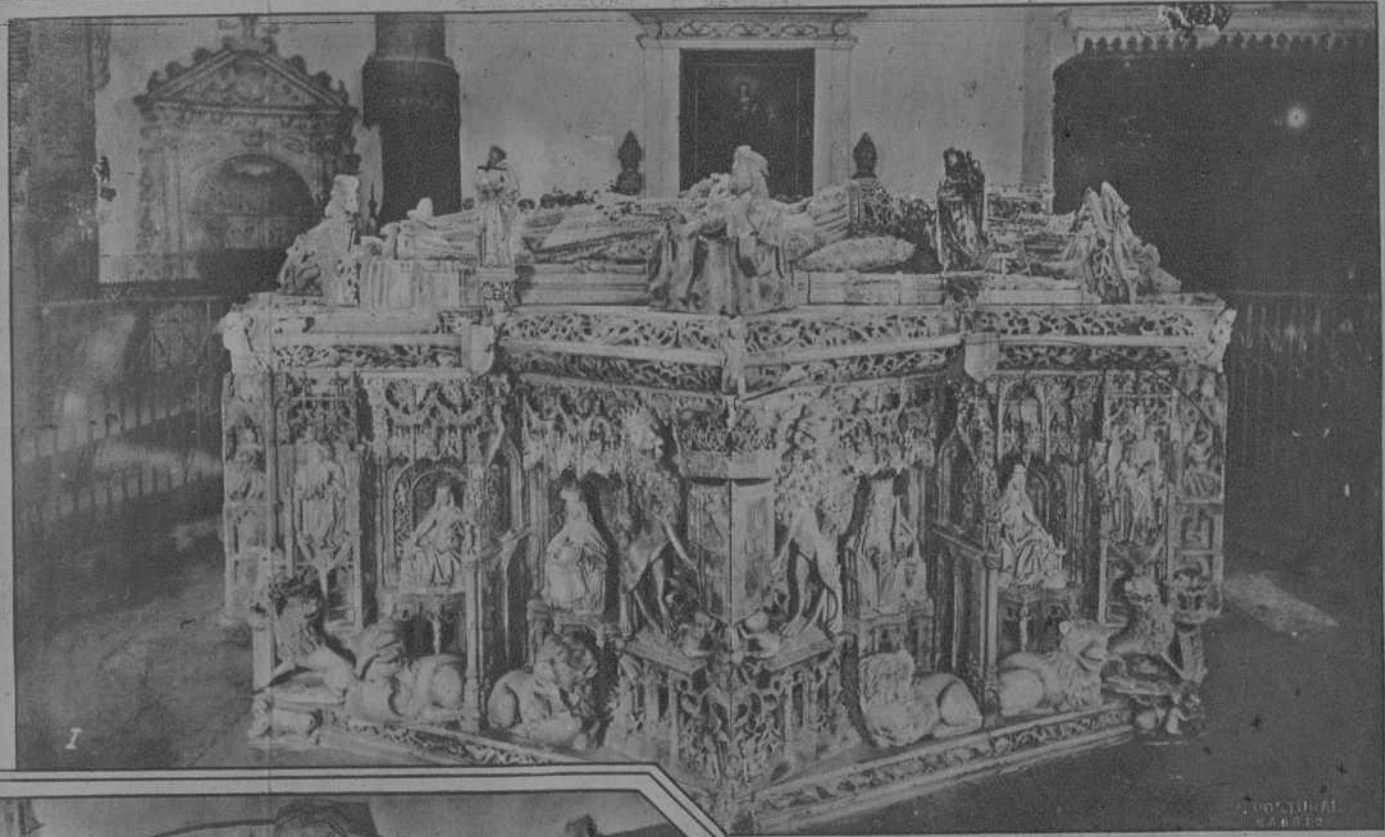


Vista de Mont Blanc



Vista tomada desde San Jean.





*Los sepulcros
que guardan la
Historia.*

- I.-Sepulcro de los Reyes D. Juan II y D.^a Isabel de Portugal, en La Cartuja, (Burgos).
II.-La tumba de D. Juan de Padilla, el comunero, en Burgos.
III.-Detalle del sepulcro del Cardenal D. F. de Valdés, en la iglesia de Salá, (Oviedo).*

(Foto. N. Portugal.-Archivo J. Laurini y C.^a Madrid)

La Sardana de Agosto.

El "Aplic de la sardana" que llega con la primavera, abre la danza tradicional en toda Cataluña, y en la Virgen de Agosto, en la de Septiembre, toda Cataluña es una sardana. A veces, en las plazas, a veces en un bosquecito, a veces en las fiestas populares, la sardana de Agosto, va y viene, alegre y blanca...



Una Vida Fracasada

NOVELA ORIGINAL DE FRANCISCO MADRID

Para Julián Calvet,
con toda devoción y
amistad.

F. M.

I

Apenas amaneció, empezó a caer sobre la ciudad una llovizna impertinente. Fernando Reila saltó del lecho, ya muy entrada la mañana. Se acercó al balcón y admiró cómo caía la lluvia espesa sobre las losas de la calle. El agua chocaba en el pavimento callejero rebrincando en forma de estrella y volviendo a caer en una curva desmayada y suave; tan suave como el verso de Rimbaud «il pleut doucement sur la ville» que sugirió a Verlaine su famoso «il pleut...»

El agua había realizado el milagro de convertir en nuevas, las hojas triangulares de los árboles urbanos; estas hojas que Fernando Reila veía envejecer cada día. Estaban secas, cubiertas de polvo, quemadas por el sol mediterráneo que las había dorado. La lluvia les dio un color nuevo, resplandeciente, un color que invitaba a poner un cartelito en las ramas que dijera «Reclén pintados». Hay una literatura especial para los días de lluvia. Diderot, dijo del abate Gellani que era «un trésor dans les jours pluvieux». Fernando Reila opinaba que su autor para los días grises era Paul Verlaine, el barbado y pecador poeta de Montparnasse, que dijera en «a poor young shepherd».

«J'ai peur d'un baiser
comme d'une abeille,
je souffre et je veille
sans me reposer.
J'ai peur d'un baiser».

Llovía a cántaros. Caía un chaparrón abrumador. Era mediodía. Los tranvías pasaban abarrotados de burocratas. Los pocos transeuntes que se atrevían a caminar atravesaban rápidamente la calle y se arrimaban a las paredes con la pueril presunción de guarecerse de la lluvia. Fernando Reila, con la nariz chafada en el vidrio del balcón observaba que la lluvia, no solamente había convertido en nuevas las hojas de los árboles, sino todas las demás cosas. «El esmeril de los tranvías—decíase— es hoy más amarillo que de ordinario; el rojo del cartelón del tendero, más rojo. Sólo el cielo ha perdido el color. Su gris, es hoy tan gris, que apenas es gris».

La lluvia había suspendido los corros manereros de viejos, amas de cría y niños de la vecindad que se reunían en la plazoleta que formaba la confluencia de cuatro esquinas. Llovía torrencialmente, con un ritmo wagneriano.

«¡Qué diluvio, señorito!» dijo la criada al entrar en la habitación de Fernando Reila ofreciéndole en una bandeja blanca unas pastas y té.

«¡Diluvio! ¡Diluvio!»—quedóse diciendo Fernando— ¡diluvio! ¡diluvio!. Ya, no. Dios no sería capaz de volver a tumbarnos otro. ¿Para qué? El mismo se dio cuenta de que era inútil el castigo: «...ni volveré más a destruir todo viviente como he hecho» se

dijo después de comprender la divina inutilidad.

Siguió lloviendo. Eran las tres de la tarde. La misma gente que poco antes vio arrojada en las plataformas de los tranvías, volvía a pasar de nuevo camino del trabajo. Ya habían ganado el pan del mediodía. Volvían a ganar el de la noche. Los paraguas relucían como unas botas de charol recién salidas de la zapatería. Los transeuntes que usaban impermeables negros y brillantes, miraban a los demás con aires de patán y de nuevo-rico. La calle, en quince minutos, volvió a quedarse solitaria. La algarabía de las tres menos cuarto—modistillas, empleados, niños que van a la escuela, autos rápidos—se amansaba. Con la tranquilidad de la calle, amansó también la lluvia. El chaparrón cesó, y ahora una llovizna delicada y anémica caía lentamente con ternura y ritmo.

Fernando Reila, hacía tiempo que estaba enfermo. Tenía veinte años y le había prendido la tuberculosis. Colocó una butaca junto al balcón, cubrió las piernas con una manta inglesa, al pasar recogió un libro de la biblioteca, jugueteó el tomo entre sus manos y tan sólo leyó unos versos

«Il pleure sans raison
dans se coeur qui s'écœure...»

porque dejó la lectura y volvió a mirar a la calle. El dueño de la tienda de comestibles, ponía serrín en la puerta de su casa. La peinadora salió a la puerta, inclinó el cuerpo, sacó la cabeza a la calle y miró hacia abajo, como si quisiera ver la llegada de alguien. Después cerró la puerta, y la calle quedóse sola.

A media tarde, la lluvia cansada de trabajar durante todo el día, dejó de caer. Alguna que otra gota se escapaba de los árboles, de las ramas, de los tejados.

Fernando Reila, veía las cosas, pero no las comprendía. Su pensamiento no iba con él. Los objetos que estaban a su alrededor, no palpaban. Estaba enfermo y enamorado. En su casa, la familia lo tenía ya como «un hecho imposible», como una carga. No había servido para trabajar. Nació en domingo y daba la sensación de que no amaba el trabajo material. En cambio amaba los libros, la noche, las mujeres y las flores.

«¡Ah, no!, estás cargat de romances» —le decía un día un tío suyo, natural de Lérida sorprendiéndole unos versos titulados «El pino del cementerio» «Traballar haurías de fer i no versos... Aixó son cosas de morts de gana i de ganduls...»

Mientras sus hermanos se ganaban la vida honradamente,—el mayor en un Banco importante y el menor en una agencia de aduanas—él, el mediano, Fernando, no había podido resistir las órdenes de la casa de seguros en que actuó. A los tres meses le echaron de la Compañía de seguros; a los otros dos de la «Oficina de informes comerciales»; a los quince días del escritorio de una casa de géneros de punto. Y ya no trabajó más. Salía de casa al anochecer, se iba

al café, se reunía con seis o siete bohemios que insultaban a los consagrados y que querían hacer la revolución.

Allí conoció a tres o cuatro pecadoras que charlaban con ellos y leían «Le Matin». A media noche, Fernando Reila, salía del café, paseaba por las Ramblas, por el puerto, admirando las luces temblonas de los barcos reflejadas en la negrura del mar, sentíase solo en la vida, y lloraba todas las desgracias ajenas. No podía llorar las suyas porque carecía de ellas.

Fernando Reila era un extraordinario caso de autosugestión. Hubiera amado una mala vida, una vida llena de dolores, de privaciones, de insultos, de penas; una vida como la de Máximo Gorki, como la de Pannait Istrati o como la de un personaje de Conrad. Pero no la tenía, no la podía tener. Dejó de trabajar cuando se dio cuenta de que era inútil. Sus padres eran muy buenas personas. Comprendieron que estravesaba una crisis espiritual y le dieron libertad. Era el mantenido de toda la familia.

«¡Ya cambiará!»—decíanse unos a otros. Los únicos que no le querían mucho, eran los hermanos y ese tío de Lérida, del cual todos esperaban que en la hora de la muerte, les recordaría para dejarles unos dineros ganados en buena o mala lid bolsista.

Fernando Reila, tiraba desgraciadamente, para escritor, para poeta provinciano. Creía que los escritores que radicaban en Madrid, eran genios brillantes, y que la lucha por la gloria en la Puerta del Sol, era algo tan heroico como las guerras púnicas o Waterlloo. Soñaba en irse a Madrid con unos versos, una maleta desquiciada y entrar en una casa de huéspedes baratasísimas. Todo esto, era par él la gloria, la ilusión suprema. De todas maneras, en el fondo, era un poco cobarde y se complacía en mantener la gloria de su pequeña aureola bohemía. Estos días de lluvia, le llegaban al corazón y le enternecían.

Salía a la calle, Fernando Reila, con la convicción de que un día u otro le llegaría la aventura sentimental y apasionada y después de cenar, se iba con los céntimos justos para tomar café y dar una propina al camarero Miguel.

Era noche de sábado. Los ciudadanos echáronse a la calle a pesar de la lluvia, para gozar de la noche. Al día siguiente, podrían dormir más tiempo que el habitual. Los bares, los cafés, estaban llenos de gentes que discutían a voz en grito. Sonaba la calderilla en las mesas de tresillo y los típicos vendedores vocesaban unos diarios nocturnos. Fernando Reila entró en el café. Un café, mixto de restaurant, blanco, clarísimo, lleno de luces, espejos y barras doradas.

Apenas se notaba la lluvia y a no ser porque se veía caer a través de la luz clarísima y pura de los focos eléctricos que iluminaban la fachada, nadie hubiera podido decir que aún llovía.

El pavimento de las Ramblas, parecía un espejo. Era gracioso ver reflejadas todas las cosas y todos los hombres sosteniéndose por

la propia base real de ellos. En el piso de las Ramblas andaban de cabeza.

—¡Como un padre de familia!—dijo el gracioso de la «peña».

Hubo una pausa larga. Nadie quiso reír el chiste.

—¡Qué lluvia! Muy buena para los campos dijo un señor optimista.

—¡Cruel para estas pobres gentes que no tienen hogar y duermen en los quicios de los portales—contató un señor que siempre llevaba la contraria y se apiadaba a medias de todas las cosas.

II

El café estaba situado en lo más céntrico de la Ciudad, en las Ramblas. La gente, acudía a él atraída por las luces rutilantes, la limpieza de las calvas de los camareros y por las maderas aceitosas. Sobre las mesas marmóreas, sonaban los platillos del azúcar al dar con ellos en la piedra caliza en el calor de una discusión sobre asuntos municipales.

La clientela del café, es varia como todas las clientelas: paisanos y militares; médicos y abogados; empleados y gente de comercio; rentistas y gente de paso. La clientela sostiene las más vivas conversaciones sobre cualquier asunto de actualidad relacionándolo siempre o con los recuerdos pasados o con los planes futuros. En una conversación de café, lo mismo se resuelve la crisis francesa que un complicado estudio estratégico. Si los gobernantes trascendentales acudieran a las peñas de café, sabrían lo fácil que es dirigir un pueblo; fácil claro está, desde la mesa del café.

De todos los clientes, sólo uno quedó clavado en la memoria de Fernando Reila. Nuestro muchacho, sentía una viva simpatía, una extraordinaria curiosidad cordial por un viejo, del cual sólo se sabía que se llamaba don José y parecía tener el deseo de pasar desapercibido por la vida.

Este don José, entraba a las tres o tres y cuarto en el café; saludaba ceremoniosamente con un tierno «¡buenos días!» a los concurrentes conocidos de vista y con quienes apenas había cruzado más de dos veces la palabra para pedirles una revista o un periódico que dejaran después de haber leído. Se dirigía a la mesa de un rincón, siempre o casi siempre la misma. Cuando la encontraba ocupada, procuraba sentarse en la más próxima y en cuanto se vaciaba «la suya» se trasladaba él su servicio.

Antes de sentarse don José, se quitaba el gabán que doblaba cuidadosamente y des envolvía ceremoniosamente la bufanda que enroscaba su cuello. Mientras hacía esta operación se le acercaba el camarero y entablaba con el recién llegado el diálogo que se repetía cada día con placida regularidad.

—¡Como siempre, verdad don José?

—Sí, como siempre.

—¡«Café!»

Llegaba el echador y decían también como cada día:

—Buenas tardes, don José, con leche ¿verdad?

—Sí, con un poco de leche, nada más.

—Bien... Buenas tardes, don José.

—Adiós.

Don José, leía todos los diarios que había en el café. Luego, las revistas que ya había leído, las hojeaba y se extasiaba ante cualquier fotografía. Después, a media tarde, sacaba cuidadosamente algunos papeles de los bolsillos de la americana, que a todos, les parecían siempre los mismos y los leía cuidadosamente. A las seis y media o siete menos cuarto, salía del café, para dar unas vueltas por la Plaza Real, cenar y volver al café a las nueve, hasta las once u once y media. Por la noche, don José, leía los diarios de la tarde, volvía a mirar las revistas y a revolver aquellos papeles amarillos en los que quizás don José había puesto un poco de amor.

Don José, era un hombre alto y enjuto. Tenía la frente, ancha; los ojos azules y faltos de luz viva; los labios, finos y de color

de carne; la nariz, casi griega, y el bigote descuidado y de un color indefinido; indefinido porque las colillas se lo habían tostado y tenía pelos blancos, negros y rubios.

Así con la misma parsimonia, el mismo traje y la misma cordialidad, le vieron siempre. Lo mismo en verano que en invierno; por la tarde que por la noche.

Un día dejó de comparecer por el café. Todos lo extrañaron. ¿Qué habrá pasado a don José? Desde el camarero hasta el cliente más moderno, encontraron a faltar la figura extravagante del misógono.

Una noche, Miguel, el camarero dijo:

—¡Recuerdan ustedes el viejo del rincón?

—Sí—dijeron casi todos a una.

—¿Qué pasa?

—Ha muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Le encontraron muerto en su casa.

Vivía solo en un piso de ahí de esa calle que da a la Plaza de Medinaceli... ¿Cómo se llama...? Esa calle... No la recuerdo... Vivía solo, completamente solo. No dejaba entrar a nadie en su casa. Ni a la portera. Comía en unos comedores económicos y apenas hablaba. «Estaba guillat».

—Y ¿de qué ha muerto?

—No sé... Dicen que...

Y aquí, coloque el lector la historia gacettesca que quiera, para el caso es igual. Una mezcla de chinchorrería porteril y cuento tártaro.

III

Aquella noche giró la conversación de la «peña» alrededor del cadáver de don José. Un cadáver, siempre suele ser tema de conversación desagradable, y esta vez, el diálogo tomó, como todos los diálogos de café, rumbos diferentes del que debía tomar. Se habló de la necesidad del matrimonio y de la gravedad de la soltería.

Yo no puedo comprender—decía un pobre marido al cual su mujer le daba muy mala vida—cómo hay hombres que no se casan. Ya ven ustedes, a mí, en mi casa, no me tratan todo lo bien que quisiera. Me ha tocado en suerte, una mujer gruñona, de mal carácter, que por un quitame allá esas pajas se queja, se lamenta y cuando no, escandaliza. Pues bien, a pesar de estas incidencias, a pesar de que la alegría no me acompaña en todos los instantes que permanezco en el hogar, yo no sabría vivir sin estar casado.

Cuando se está tranquilo; qué alegría produce el verse rodeado de una familia en ciertos días señalados: el día de San José, el día de la Pascua, el día de la Virgen de Agosto, y sobre todo el día de Navidad.

¿Qué cosa más triste es esta pobre gente que el día de Navidad, tienen que comer en el mismo restaurant de cada día o en la misma taberna o en la casa de huéspedes! Es horrible. Yo recuerdo que la única vez que he llorado con verdadera e íntima emoción, fué un día de Navidad: cuando me dirigía a casa cargado de paquetes, pasé por la puerta de unos comedores económicos de la calle del Buensuceso.

Allí, sentada junto a la puerta, en una mesa muy recogida y muy humilde, había sentada una buena vieja, alta y delgada que comía apaciblemente un plato de sopa. Acaso carecía de familia o la habían abandonado. Aquello me produjo una impresión de desastre. Prefiero la familia, con todos sus inconvenientes, que esa soledad. Si quiera por la soledad de esos días señalados.

—Pues mire usted—añadió otro «reuniónista» que había acertado en el matrimonio casándose con una muchacha buena e inteligente, cordial y tierna—yo soy de los que no se pueden quejar del matrimonio. Me ha tocado en suerte una mujer que es la virtud misma y la bondad exacta. No se queja jamás de lo que hago, no me pide explicaciones de nada y jamás contesta cuando yo hablo. A veces, llego a cansarme de tanta reverencia y de tanto silencio acatador. Pues bien, a pesar de esto, si pudiera volver a ser soltero, daría un par de dedos de la ma-

no izquierda. ¡Ah, aquella vida de soltero! Aquello sí que era vida, aquello sí que era vivir. Ahora, ya estoy perdido para siempre.

Mi espíritu aventurero, me obligó un día a cruzar la frontera. Recorrí toda Europa de punta a punta; pasé luego a América y circulé por todas las repúblicas del otro mundo. He visto cien civilizaciones y he palpado de emoción cada vez que un barco o un tren me dejaba en la puerta de un nuevo país. He amado a mujeres de diferente habla y de diferente psicología, he luchado con todos los hombres y me he visto pobre y rico con la misma rapidez con que un faro nos guía uno de sus ojos luminosos. No me sentí jamás, capaz de matrimoniar. Yo no creí en el amor. Me parecía cosa de gentes poco inteligentes. Inteligencia y amor eran a mi entender un dilema. No creí jamás poder acostumbrarme a una vida muelle, tranquila, reposada y repetida con el mismo diapason lamentable conque el péndulo de un reloj vá de una esquina a otra esquina. Vivir y para vivir, estar solo; permanecer solo frente a la Vida, frente a la muerte. Y ya ven ustedes, llegué a un pueblecito de la costa catalana, encontré a una muchachita rubia, alta, ni fea ni guapa. Con un corazón inocente y unos ojos claros; unas palabras triviales, llenas de santa vulgaridad cotidiana y me prendí de ella. ¿Qué tenía aquella mujer por encima de las demás? No lo sé. Yo había vivido con mujeres mucho más guapas, mucho más inteligentes, mucho más pecadoras—esta no lo era—mucho más trascendentales, pues bien, todas las mujeres hicieron mella en mi ánimo, jamás en mi corazón. Esta mujer mía, me apagó la tranquilidad. No sé, me di cuenta de que sin ella no podría vivir, que ella era la meta espiritual de mis correrías por el mundo. Me casé sin meditarlo, porque si llego a reflexionar, no lo hubiera hecho. Y lo extraordinario es que soy un hombre feliz, tengo una mujer amatísima y una excelente madre de mis hijos. Pues ¡me quejo! Lo otro, mi estado de soltero, era mi vida. Poder marcharse de cualquier ambiente, a lo mejor sin equipaje, de noche o de día, sin tener que dar explicaciones a nadie; poder pegarse un tiro si uno tiene el humor de suicidarse, sentir la libertad de la vida... Aquello era vivir. Esto que hacemos, es ir muriendo un poco cada día hundidos por la montaña de recuerdos... No, no, nada de matrimonios, soltero, soltero, a pesar de que se tenga que morir como este pobre don José, sólo. Por lo menos le queda la tranquilidad de que nadie le llorará, de que no habiendo creado afectos, no deja ahora una estela de lágrimas y de dolores...

—Perdonen ustedes—intervino un viejo solterón de cincuenta años pulcro y atildado, que vivía en una casa de huéspedes y era empleado en un centro oficial—yo creo que está en lo cierto el otro. A mí, me ha pasado todo eso que a usted, yo he tenido sus mismas teorías sobre el matrimonio y la soltería; he llegado a ser un célibe recalcitrante... Pues bien, a mi edad, si no tuviera el miedo que siento por el ridículo, si encontrara el medio de matrimoniar, aún cuando fuera con una señora entrada en años, lo haría para no encontrarme tan solo en la vida... Los egoístas que queremos toda la vida para nosotros, todos los gozos para nosotros sin dar participación a nadie, llegamos al fin de nuestra vida, dándonos cuenta de que hemos sido unos perfectos majaderos. Nuestro egoísmo no fué otra cosa que generosidad irreflexiva. Fuimos generosos con los amigos, porque les ofrecimos todo el zumo de nuestra juventud, de nuestra alegría, de nuestra gracia, de nuestra felicidad... ¡Vamos a las peñas de nuestros tiempos y los amigos desertaban... Formaban casi todos ellos su hogar, su nido y nosotros, seguíamos impertérritos en el nuestro: el café. La vida, era aquello que vivíamos. La libertad nos parecía el objetivo trascendental de la existencia. Así pasamos los cuarenta, así vimos llegar los cincuenta. Una patrona conside-

rada, nos trata con un «don» ponderativo y las criadas nos sirven por las propinejas semanales. El egoísmo de la juventud, lo pagamos ahora muy caro al contemplar la felicidad de los que tuvieron alma y pecho para casarse. Aquellos amigos de ayer, que nos admiraban por el concepto cínico que teníamos de la vida, nos miran hoy con harta compasión. Son padres de familia, tienen hijos ya mayorcitos, sienten la felicidad intensa de la vida segura y tranquila, mientras que nosotros seguimos siendo para ellos, aquellos saltamontes inquietos del café viejo... Viven cuidados, rodeados de las pequeñas satisfacciones vulgares de cada día y ven la vida con un optimismo agradable. Nosotros, en cambio, los célibes, seguimos la cuesta con el dolor de sentirnos compadecidos por todos aquellos que nos admiraron antes. Si bien es cierto que al morir debe sentirse un gran dolor al ver como dejamos en esta vida a nuestros familiares llenos de pena y de lágrimas, también es una satisfacción el pensar que no moriremos del todo. Un hijo, siempre es la continuación de la obra de uno; un hijo, siempre es un trozo de nuestra carne, y un trozo de nuestra alma que se queda en esta tierra con nuestro apellido, con nuestro nombre para poder vivir lo que nosotros ya no podemos hacer. Plantamos un árbol, y el árbol vive y mientras vive, existimos nosotros en el recuerdo de las gentes. El recuerdo de las gentes, es nuestra vida. Mientras nos recuerdan existimos. Los que consiguen que sus nombres perduren, que se immortalicen, viven siempre. Los que morimos sin una estela, dejamos este mundo «definitivamente» al morir; y al decir «definitivamente», crean ustedes que lo digo con una pena enorme, con un dolor fundamental... Me veo viejo, ridículo, compadecido... Es una pena, una pena que no me haya dado cuenta de que mi egoísmo fué una majadería más de mi juventud.

—No lo crea usted—apostilló un joven que no quería casarse. En la vida no tiene interés este paso, lo que tiene interés, es pasar. Si se casa, tiene hijos y deja familia, sin haber hecho una obra, su paso será tan inútil como el de los demás. El árbol genealógico no quiere decir que se perdure. Con los árboles genealógicos viene a suceder una cosa más triste que la de pasar olvidado, la de preguntarse: «¿quién es éste?»—«¿qué fué éste?» Recuerdo, que estando en París, visité como buen turista el Panteón de los Hombres Ilustres. El ujier o el cancerbero que nos acompañaba por los sótanos del edificio, después de habernos enseñado las tumbas heroicas de Rousseau y de Voltaire, nos colocó ante una reja.—«Aquí, reposan los restos de una porción de generales, cortesanos y amigos de Napoleón que éste ordenó enterrar aquí».—Y ¿este quién es?—preguntó una inglesa señalando el nombre de uno de los enterrados allí por influencia del Emperador. Esta pregunta, hace más daño a nuestro recuerdo que el piadoso olvido.—«Este ¿quién es?» Un cualquiera, un don nadie, un X... Prefiero a esta pregunta que destruye el valor de la inmortalidad, el olvido. Lo mismo pasa con los árboles genealógicos, si no nos distinguimos por algo importante, cuando llega el examen de los componentes del árbol, siempre estamos expuestos a que al preguntar por nosotros sólo seamos «aquel que se casó con la sobrina de nuestro primo tal...» No tendremos otro valor que el subjetivo... No, no, la felicidad no consiste en casarse y tener hijos para morir del todo. La felicidad es algo más complicado. La finalidad de la vida, ¿cuál es? Exactamente no la sabemos. Venimos a este mundo sin saber cómo y nos vamos de él, sin saber a dónde. Pues bien, la felicidad consiste en vivir en este mundo con toda la intensidad de una antena. Vivir, vivir sintiendo la vida. A mí, no me importa llegar a viejo, a mí me interesa vivir. Lo mismo me dá vivir cinco años que diez. Una vez muertos, en la otra vida haremos otra cosa, porque no creo que al morir vayamos a otro

mundo material y mecánico como este lleno de tranvías amarillos y profesores germánicos. El matrimonio, no es el objetivo de nuestra vida; no es nuestro final. El matrimonio es un accesorio y nada más que un accesorio. Más valentía se necesita para resistir los ataques de las mujeres, que para casarse. Las mujeres no tienen en nuestra lamentable sociedad, otro sino que casarse. Las madres nos meten por nuestros ojos a sus hijas; las hijas nos envuelven con sus miradas tiernas, con sus indirectas vagas... El matrimonio, el matrimonio... En cambio, ya se sabe que la soltería es dulce y amable, mientras nuestros cabellos son negros o rubios, pero que en cuanto se llega a viejo, se sufre y se llora en la soledad. Cuarenta mil veces prefiero el celibato al matrimonio. El celibato, que no es egoísmo, sino heroicidad.

—Todos ustedes están equivocados—comentó Fernando Reila, reposado y quieto—Casarse por casarse, o vivir solteros por vivir solteros, es una tontería.

No nacemos nada más que para morir y debemos pasar en nuestra vida, como quieren los hechos, y no como queremos nosotros. A mí, en realidad, no me interesa el matrimonio, la santa unción, la venerada institución burguesa de la familia, a mí, me interesa saber, con quién me voy a casar, con quien voy a formar una familia. Esto es lo importante. No tengo fuerzas para casarme, pero tengo fuerzas para amar... Las mujeres, me han parecido siempre, los juguetes que Dios ha puesto en la tierra para que nosotros, los niños, al abandonar las piezas mecánicas de nuestros juguetes infantiles, tengamos otros juguetes más de acuerdo con nuestro temperamento. La mujer, con quien vamos a convivir, con quien vamos a comunicarnos, con quien vamos a realizar la misión de dejar hijos en la tierra para que sigan la historia de la humanidad llevándola a la perfección hasta el día del Juicio final que será el día más trascendental (lo será tanto, tendrá tanta importancia, que acaso no llegará nunca por temor al desbarajuste divino) porque será como esas comedias que no pueden llegar a representarse por no haber escenario suficiente para la compañía que deba representarla. Estamos en una época, en que exactamente no sabemos dónde se encuentra la mujer, ni qué es lo que representa el espíritu femenino. Cuando por ser excesivamente «feministas» abandonan las gracias tiernas para convertirse en oradoras, en «líders» de causas políticas o sociales y en profesoras de moral, o cuando por ser excesivamente «de nuestro tiempo» pierden también aquella «sagesse», aquel juicio que debe iluminarlas. Todos estos síntomas externos de la frivolidad,—el pelo corto, la boquilla de ámbar, los cigarrillos egipcios, la preocupación cotidiana por la moda, el baile reciente, la asimilación a nuestras costumbres masculinas etc.—quitan en ellas ternura maternal, santidad fraterna, hermosura íntima. Ya sé, que todo esto, es una cursilería, que soy un retrasado, pero en la vida, no se vive nada más que de cursilerías. No sé qué dirán de los «foot-ballistas» los «sweaters» egipcios, los pantalones «Oxford» etc. la generación del año 1999. Acaso se rían de nosotros, como nos reímos ahora de las modas del tiempo de la Exposición Universal. Acaso este pobre don José, estuvo enamorado de alguna mujer que no le correspondió. Recuerden ustedes aquellos papeles que sacaba todos los días, casi a la misma hora. Acaso eran un relicario de amor. Es posible que este hombre, fuese un enamorado, no correspondido, que la suerte no le acompañara a la hora de escoger esposa, o viviera solo para unirse en el recuerdo de una mujer que fué inaccesible par él... Este es el problema. ¿Cómo nos vamos a casar? ¿Con quién vamos a casarnos? ¿De qué manera podremos saber que la mujer que va a ser nuestra, puede hacer nuestra felicidad y la suya? Este es el tema. Yo amo a todas las mujeres, a todas, pero también las temo. Me complace-

ría casarme porque tendría alguien a quien confiar mis penas, mis dolores, mis alegrías, tendría alguien que me acompañaría en todas mis aventuras y en mis hazañas. Si la encuentro, seré un hombre feliz, si no, también, conformándome con mi suerte.

Casarse por el egoísmo de que al llegar a viejo, se tendrá una enfermera, una compañera, una hermana de la caridad, es una tontería. Lo que nunca haría, sería casarme a los cuarenta años, con una mujer de menos edad que la mía. Esto es una infamia siempre o casi siempre. Afortunadamente las mujeres, saben vengarse...

Hubo un silencio. Hubo dos silencios. Y un suspiro del casado, que a pesar de su desgracia matrimonial, era partidario de la familia. Después pagaron al camarero. Se despidieron en la puerta. Fernando Reila encontró a un amigo que le invitó a un cabaret. Aceptó. Despidióse de los «peñistas». Estos subían Rambla arriba y comentaban las palabras de Fernando Reila.

—Es un crío, lleno de penderferia...—decía uno.

—¡Los pocos años!—decía otro.

—También pensábamos así, decabelladamente, a su edad—intervino el tercero.

—Sin embargo, sin embargo...—dejó dicho en el aire, el cuarto.

Los autos subían... Pasaban unas cuantas marionetas repartidoras de amor. Nada, todos los transeuntes tenían un optimismo sabbático en la cara.

IV

Fernando Reila, en el cabaret, era otra persona. Tenía algo de Jesús.

Compadecía a todas las pobres tanguistas; a estas pobres mujeres que no merecen mucha compasión. Pero las compadecía, y ellas no se lo agradecían.

En el fondo, las que se fijaron en Fernando Reila, le compadecían a su vez.

Era una lucha de piedad y ningún bando sabía cuál se tenía más.

Ellas le compadecían porque le veían pobre, mísero y triste. El las compadecía porque las creía unas esclavas, unas desdichadas, llenas de amargura y unas pobres muchachas equivocadas de camino y de virtud.

En esta lucha de piedades, la risa única del amigo que acompañaba a Fernando Reila, un tal Matías Gomá, era el fiel de la balanza. Ni Fernando Reila, debía compadecerse de estas «damas de las camelias» que charlestoneaban con tanta fruición sentimental; ni ellas tenían por qué compadecer a Fernando, que por encima de su pobreza, tenía una inteligencia preclara y un corazón de niño. Lo único grave era, que su sentimentalismo le llevaba a veces a las actitudes más ingenuas y más candorosas.

Una noche, se empeñó en leerle una «Vibración Poemática» a una pobre chica que se llamaba Margot. Cuando terminó, la chica le dijo:

—¿Por qué no escribes couplets, tú?

Fernando Reila, estaba perplejo, y quería emanciparla.

Afortunadamente, este Matías Gomá, que era un muchacho vigoroso, fuerte, sonriente y conocedor del mundo, le detuvo los entusiasmos anarquistas y sentimentales y le advirtió el riesgo y el ridículo que corría.

Desde aquel día, Fernando Reila, tuvo un odio vibrante al cabaret, al dancing, que le pareció el cementerio de sus ilusiones y de sus amores.

Escribió dos poemas de su amor «fallido» a Margot y tuvo una dolorosa enfermedad de misticismo. Claro está, le pasó.

Fernando Reila, se dió cuenta un día de que no era nada o casi nada en la vida. Un muchacho simpático, del que todo el mundo decía que tenía mucho talento, porque aún no se había destapado y nada más. Le entró como un agujoneo de laborar, de trabajar. Se entrevistó con Matías. Matías le dijo:

—Muchacho, el dinero lo es todo en la vida. Los demás son todo paparruchas. Sin

dinero, no se puede vivir, ni se puede convivir. Es necesario tener dinero.

A una persona con dinero, le está permitido todo. Tiene medios de tapar las bocas de los murmuradores. Un hombre sin dinero que ha de recurrir a los demás, está perdido. No tiene derecho a nada. Le llaman vago, golfo, inútil, sinvergüenza, borracho y «bo-he-mio».

Si tú supieras con cuanto asco dicen nuestras gentes pudorosas esta frase: —¡Pach! ¡es un bohemio! te horrorizarías. Trabaja, haz cosas, déjate de sentimentalismos baratos. Materialízate. Acaso en esta materialización de la vida, encuentres tu centro, tu normalidad, tu felicidad. La vida romántica, ha pasado de moda. No es para nuestro tiempo. Los hombres que creen en las emancipaciones del amor, son unos equivocados.

El trabajo, las preocupaciones financieras, el día, la vida inquieta... Esto sí que es vivir. Yo me levanto muy de mañana, trabajo todo el día. Si voy al dancin' alguna que otra noche, es porque un «whisky» tomado a tiempo, entona y fortifica los nervios. Soy un hombre de mi tiempo. Tengo auto, dinero, una villa para mí. Siento la vida. Tú, vives en un ambiente de lamentaciones sentimentales impropias de tu edad.

Hay que ser fuerte. Leer literaturas alentadoras. Una máquina de escribir tiene más vitalidad que un diván de café... Déjate de intentonas de emancipación moral. Las mujeres de la noche, no pueden emanciparse. No sueñes con ellas, como si fuesen Margaritas Gautier.

Mira, aquí tienes un puesto. Quédate conmigo. Te dará lo que quieras; acostumbrete

a esta materialización que es vida, que es dinamismo. Y cástate, aún cuando no te cares enamorado. Cástate, porque en el matrimonio, en el hogar, está la verdadera felicidad. La vida vulgar, pero segura, es la felicidad. Todo eso le las aventuras, está muy bien para los papeles y para cuatro locos que se pasean, que nos descubren sus mundos y que nos hacen comprender que la vida nuestra acaso sea excesivamente igual, pero que al pasar los años, es más categórica y más dichosa.

El pobre Fernando Reila, estaba apabullado ante las disquisiciones de Matías Goma. Aceptó el ofrecimiento y sentía una energía que le circulaba por las arterias. Parecía otro hombre. Volvió al puerto barcelonés, paseó por los muelles y con su bastón daba golpecitos a las pieles de plátano o naranja que encontraba en su camino echándolas al agua. Olfía la brea de los barcos viajeros, y se extasió mirando la salida del puerto y el horizonte.

Volvió a la ciudad, subió a un tranvía. Encontró en él a una muchacha conocida de la familia, no muy guspa, y que hacía tiempo que no había visto. Hablaron. Le hizo gracia la ingenuidad de aquella muchacha.

Al despedirse quedaron en volverse a ver la semana próxima.

Fernando Reila, de momento, no dió importancia a la cita. Después, todos los días, no se olvidaba de acordarse de ella, aún cuando no fuera nada más que un poco.

A la semana siguiente, la muchachita le pareció más espiritual, más graciosa... Pasaron unos meses y fueron novios. El se olvidó de la noche, de las pobres mujeres de todo el mundo, de la vida bohemia... Tra-

bajaba con Matías, hacía la correspondencia, aprendía el encanto de los números, comerciaba...

...Unos años más tarde, Fernando Reila, se había casado, era un negociante discreto y empezaba a iniciársele la curva de la felicidad.

Un día se lo encontró un antiguo amigo «peñista».

—Pero hombre ¿qué es de su vida? ¿qué hace usted? ¿hace tiempo que no sabemos de usted? Buscamos su firma en los periódicos y no la encontramos, nos creímos que sería usted uno de nuestros grandes poetas, uno de nuestros grandes novelistas y se ha encerrado en su torre de marfil... Claro, ¡eh! alguna mujer que le tiene acorralado...

Vamos, siempre será usted un bohemio. A su edad no le están bien estas cosas... Un poco más de seriedad.

Vaya por la «peña» déjese ver, le recordamos mucho... ¡Estos poetas! ¡estos bohemios!... ¡Qué vida debe usted llevar, siempre entre mujeres, siempre perdido! De todas maneras no le prueba mal la mala vida... Cuidese, cuidese que la salud es lo más importante. (Y, acaso, temiendo que Fernando Reila le pidiese dinero, le dejó rápidamente con la excusa de que tenía que tomar un tranvía).

Fernando Reila, sonrió. Prefirió callarse, no quiso explicarle nada. ¿Para qué? A lo mejor aquel que huía por temor al sablazo, acabaría pidiéndole una colocación.

Lo mejor era dejar rodar la vida tal como venía. Al fin y al cabo, él consideraba en medio de su felicidad, que había fracasado en la vida.

(Prohibida la reproducción)

Ante la tumba de Padilla en el Museo de Burgos

por EUGENIO NOEL

Creemos nosotros aun en la eternidad de la Raza española; pero creámoslo con fe viva cimentada en obras.
COSTA.

Hablaba así Cervantes: «La arrogancia que dicen que suelen tener los españoles...» «Que dicen que...» Es Cervantes quien dice eso. Su sonrisa entre lágrimas. ¿Recordaría la cabeza de Padilla ajusticiado por el Emperador flamenco, por Carlos de Gante «El Borgoñón» la cabeza de Lanuza, ejecutado por el hijo al tiempo mismo que los fueros aragoneses?

Ante mis ojos esta tumba vacía, y en el corazón el mordente de la frase cervantesca pienso en esa Raza mía que, desde el 24 de Abril de 1521, ha perdido toda su arrogancia, la grande, la verdadera, la suya. La de los hidalgos. ¿qué fué, sino protesta vergonzante, contra la miseria general en que sumió a España el Duque de Borgoña, aquella «Su Majestad Cesárea» como le llamaban los servidores extranjeros que trajó consigo?...

Es aquí en esta tumba en exposición, donde el alma vuelta la vista a las fuentes inagotables del genio ibérico, siente la necesidad de reconstruirle en toda su pureza, pero atrás, muy atrás. Fuerza será volver muy atrás para vencer este despreciable estado de cosas y de almas e instaurar lo nuestro saneando de paso esa altiveza que hiede y que descompone nuestro verdadero carácter histórico.

¿Qué otra cosa nos estorba, sino ese inmenso acervo de despotismo acumulado sobre el genio propio?

España entera, fué dada en dote a una mujer muy buena, enamorada de un fanfarrón pagado de sí mismo; desde entonces ¿qué somos sino lo que han querido que seamos las grandes Casas flamencas, francesas y austriacas?

Una de las cosas más extraordinariamente raras, que han ocurrido en la historia de las Naciones, es la facilidad con que todo un país y un país como España era entonces, se entregó a las camarillas austriacas de Felipe el Fátuo y a los seides y acervos flamencos del Señor de la Casa Real de Borgoña, a un hombre, cuyo primer acto, es matar de un disgusto a íbero tan recio como el franciscano Cisneros, a ese hombre que no sabía hablar castellano cuando vino por la espléndida herencia, y que a cambio de esa ignorancia, traía la etiqueta rígida de su tierra, el francés obligatorio y una guardia real francesa también.

Cuando se lee en hombres como Altamira, que las verdaderas causas sociales históricas o políticas... Pero, en fin, el propio Lord Macaulay bien las señaló. ¿Qué podría ocurrirle a un pueblo en lo sucesivo, si sus libertades ruedan en el patíbulo con las cabezas de sus hombres más representativos, ajusticiando a la justicia, como decía Antonio Pérez, destrozando en los Comuneros lo que era Rodrigo en los Romances lo que en Castilla republicana significaban los Jueces?

Lo que está sin explicar—y lo estará hasta que nuestros doctrinarios y maestros no escriban según les ordene el partido a

que pertenecen o en el que se inspiran—es cómo esa resistencia no fué más honda, por qué miserables razones, las regiones todas, abandonaron en su lucha a Castilla. Nunca esas regiones se consolarán del mal que hicieron. El despotismo venció a bajo precio, debido a esa abstención, y no se perdió únicamente el valor del doblón de a dos, se perdió el genio entero de la Raza; sólo los vizcaínos pudieron conservar su robe de Guernica y eso... dentro de una verja, como está hoy.

Los Concejos eran soberanos, las ciudades gremios, regímenes corporativos cuyas huellas llegan a los aborígenes íberos; los Municipios autónomos; las Cortes eran Juntas y sus delegados procuradores, Concilios admirables donde los Estamentos estaban representados proporcionalmente y los llamados Brazos lo eran en realidad del Pueblo, y para el Pueblo.

Los oficios de Concejo se denominaban oficios de República y, en aquellas Constituciones, el Rey mismo era un mero magistrado; el Código de honor, rezumaba espíritu caballeresco y, cuando en las batallas habían los extranjeros de rendirse, buscaban los españoles entre las tropas para rendirse a ellos y solamene a ellos, tal concepto tenían de su generosidad.

Fueros, Cortes corporativas, organismos vivos, plena soberanía del más humilde collazo, servidumbre sin vasallaje señorial, criaciones únicas en todos los Derechos, Castas Púeblos, Fuero Juzgo, el mayor contenido de las Partidas, ese monumento que sería una maravilla sin las filtraciones del romanismo bolonense, behetrías; esa epopeya que Menéndez Pidal ha seguido a través de la literatura española; esa visión excelsa que Herculano ha perseguido en nuestra historia jurídica, hasta influencias remotísimas; esos Estudios Generales de la Edad Media, en que el señor Bonilla describe la salvación de Europa, que sin España sería musulmana, como demostró Simonet, la inimitable arrogancia íbera de varónil sobriedad; aquellas autoridades que mientras en Europa se llamaban maestros, burgomaestros, señores, amos, entre los nuestros se llamaban jueces, merinos, justicias; y esas bellísimas palabras árabes, alcaldes, almotacenes, almoganes, zavalmedinas... ¡oh!, todo eso, libros enteros de cosas incomparables, fueron ahogadas en la sangre de los Comuneros, fueron borradas por hombres cuya sangre no era la nuestra, ni nuestro genio.

¿Por qué los aragoneses no escucharon a los emisarios de los Comuneros? ¿Por qué en el Consejo de los Ciento, Barcelona no les oyó? No hubo uno entre ellos que adivinara la muerte de Lanuza y la bilis de Olivares.

No hubo uno entre ellos que recordase la rebelión de los solariegos de Castilla en el siglo XII, el alzamiento de los pecheros de Navarra y el suyo propio el de los payeses de remensa... Siempre, invariablemente siempre, el despotismo ha tenido en nuestra Patria una habilidad genial para reducir los movimientos colectivos, aprovechándose de esa misma energía individual que ha visto Farinalli en las almas íberas como medula de sus ecuaciones diferenciales psíquicas, y ha sido siempre nuestro mal como

país, aunque haya dado al mundo esas almas que todo lo conquistaron o lo adivinaron todo.

Todo lo adivinaron aquellas almas de las que nos hemos alejado, entretenidos en la tarea a ratos sublime, ridícula casi siempre de discutir doctrinariamente todo o lo que resolvió de un golpe la revolución inglesa del siglo XVII; revolución que sin eufemismos bien puede tener su raíz de razón suficiente en la modelatura obligatoria de nuestro Derecho, a que hubieron de adaptarse todas las Constituciones posteriores.

Se ha dicho de la raza rusa—con la que tan maravillosos puntos espirituales nos unen—que es la raza de los que, cuando saben leer, leen como nadie. De la nuestra, puede afirmarse que ha enseñado a Europa a deletrear su democracia y su soberanía por el pueblo, textos inmemoriales de integración de libertad ciudadana y potestad jurídica, de soberanía política y carácter representativo.

Ni la misma Inglaterra pudo ir más allá del Estamento de nuestras ciudades, que concedían o negaban los subsidios, que a pesar de tener su clero y nobleza, prelados y magnates, jamás cayó en abolengos, en contrapesos patricios, en privilegios pairiales. Nunca entendió el alma íbera la necesidad de dos Cámaras, de dos Asambleas. El Derecho internacional es nuestro, como lo más jugoso de la Carta Magna lo es también como lo son tantas cosas... la fuerza ética del Derecho moderno corriente que le atraviesa desde Séneca al modo de las marítimas los océanos, y tal vez por motivos semejantes: el Habeas Corpus; Lán Calvo; Nuño Rasura; la proclamación de Atares; el voto de las ricas hembras; el Derecho de Asilo; la Municipalidad judía; los esplendores del Califato; el dominio aragonés y catalán del Mediterráneo y Oriente...

Es aquí, ante la tumba de Padilla, donde se medita con tristeza infinita en las almas y en las cosas enormes que la Raza engendrara, almas de bronce, tan fuera de todo índice y modelatura, que hasta en vida parecen legendarias, cosa de invención.

Los romanos dicen de don Alfonso el de Gadea, que se le «mudó la color» cuando el adalid de la meseta le echa la confusión. Más de aceite que de sangre, manchado el hábito muestran, decían los romanceros al hablar de esos adalides. «La color» se le mudó al Rey y los monarcas se vengaron. Ellos destrozaron la nobleza empobreciéndola y divorciándola del pueblo más noble de la tierra, el más señorial, obligándola a permanecer muy cerca del trono para su servicio y esplendor propios.

¿Qué les importaba a los reyes extranjeros la nobleza íberica? El pueblo se ha hecho gárrulo, se ha arcaizado, ha maleado su arrogancia, lo ha apicarado todo hasta su idioma, ha perdido la fe. Porque le arrancaron de cuajo lo que era suyo, porque le entregaron como herencia a extranjeros que, acostumbrados al espíritu de otras razas, creyeron que había que sacrificar la nuestra a un concepto estúpido de unidad absoluta.

Vencida la Raza en Villalar, fué desangrada de dinero y de vida. Pero la batalla de Villalar no ha terminado.

La Segunda Expedición de Catalanes a Oriente

por CASIMIRO GIRALT

Camino del Cairo.

Entramos en la estación. Una multitud abigarrada, exótica, ondulaba y se movía con actividad indescriptible. Los gritos más extraños, pronunciados en una diversidad desconcertante de idiomas, de etimología distinta, hallaban un eco ululante en las altas paredes grises, los planos y enjabelgados techos del vestíbulo.

Junto a las ventanillas, pequeñas como agujeros de reptil, en las que despachaban los billetes, la muchedumbre se zolpaba como rebaño inquieto y oscilante. Los pardos caftanes de los judíos, los albos jaiques de los árabes tunecinos, los turbantes azulados con remates rojos de los ribereños indígenas del bajo Nilo, cobrizos, fornidos, con sus túnicas grises y sus fajas negras, bajo las cuales tal vez se ocultaba la corta gumiá alunada; los uniformes de los soldados, las vestiduras más diversas de los europeos de todos los países, se mezclaban y confundían en una policromía encontrada y detonante.

Aquella promiscuidad de razas y de lenguas en abierta pugna, promovía una estridente algarabía, empujándose unos a otros, riendo entre sí, dirigiéndose insultos traducidos en violentos gestos y palabras con una hostilidad tal, que hacía precisa frecuentemente la intervención de la policía.

Dejamos atrás aquella tumultuosa baranda babilónica y penetramos en el recinto de los andenes. El tren, sobre una de las vías, estaba ya formado. Detrás, el furgón de equipajes. Luego, largos vagones de recios bojes, por cuyas ventanillas asomaban rostros de todos los colores y cataduras. Más atrás, a cola, sujeta por los féreos enganches, una cosa extraña, especie de jaula de gruesos barrotes, sucia y mal oliente, dentro de la cual, se agitaba, bullía, espantoso y horrible, un rebaño de seres humanos, verdadera pesadilla de aquelarre raídos, hambrientos, miserables; carroña humana que la sociedad expulsaba de su seno y conducía para su aislamiento al presidio del Cairo.

Junto a ellos, completando la visión espantosa, agolpábase, estrujándose violenta, una multitud de mujeres y de niños harapientos, apesados, que trata a los condenados su presente de pan negro o de tortas de maíz, hendiéndolo en el aire en un sólo alarido inacorde y estremecedor al conjunto de sus lamentos y maldiciones...

Nunca se borrará de mi memoria la mirada de uno de aquellos desdichados, joven, de rostro anguloso y macilento, las mejillas exhaustas, acurrucado en un rincón de la jaula humana con los ojos blancos en el rostro negro, muy abiertos, espantosamente dilatados, la mirada devorando el remolino humano como buscando en él el rostro del ser querido que no había de venir...

Partimos... El tren se deslizaba velozmente por entre unas palmeras ubérrimas de futo, unas huertas lujuriantes, unos campos floridos de algodón... Después, sobre el inmenso arenal en ascuas, bajo el castigo del sol africano...

La arena finísima, impalpable, penetraba en los coches del tren por rendijas invisibles. Las ropas, las manos, el pelo, el rostro, adquirían un color indefinido. El calor era asfixiante. La sed, horrible. Las aguas que sangraban el Nilo, desliziándose ante los ojos del viajero por canales rumberos, eran seducción y tortura para los labios sedientos...

El ibis, rasgaba el oro del sol con su vue-

lo lento y silencioso. Una bandada de cuervos cerníase, a ras de tierra, sobre unos despojos lejanos...

En los campos, junto a las chozas de techumbre cortada horizontalmente, yuntas de búfalos araban la tierra calcinada por el sol y, tras ellas, encorvado sobre el acero, como bajo el peso de una maldición bíblica, el árabe de ropas color de tierra, de rostro color de tierra, seguía con vaivenes grotescos, oscilante sobre la reja, el paso tardo y perezoso de las bestias...

Unos camellitos de línea graciosa y tremante, huían asustados al paso del tren... Por un vericuetto, sorteando una cañada incipiente, avanzaba un árabe de largas piernas, sobre un diminuto jumento, seguido de su mujer, encorvada bajo el peso de una carga que hundía sus espaldas...

En el tren, en departamentos a ellos reservados, viajaban mujeres árabes, de oscuras vestiduras, con el rostro oculto por velos impenetrables, los ojos sombreados y rasgados por el lápiz, los pómulos exageradamente coloreados de carmín. Estas mujeres, que viajaban solas, en la intimidad de sus departamentos, se despojaban de su velo y entablaban entre sí animadas pláticas...

Cinco horas largas tardó el tren en llegar al Cairo. Entre otros compatriotas, nos esperaban en la estación: don Pedro Parra y don Jaime de Argila, benemérito y cumplido caballero, el primero, cuyo destino había llevado a desempeñar desde hacía algunos años la Cancillería española en el Cairo; camarada estimado e ilustre periodista catalán, el segundo, cuyo espíritu inquieto y afanoso de nuevas perspectivas y horizontes desconocidos, había llevado a vivir en Egipto, identificándose un tiempo, activa y personalmente, con las inquietudes nacionalistas del país...

Bajo la figura pequeña y mundana de don Pedro Parra, se encerraba el alma caballeresca de la raza castellana. Fuente de espíritu, con aquella noble reciedumbre de los hidalgos conquistadores, de voluntad sumisa al ruego e indomable ante la imposición, valiente y cumplido como un capitán de los tercios, don Pedro Parra retrataba el tipo del español romántico que lejos de la patria, mantiene de ella ante el extranjero, el concepto levantado y prestigioso de la vieja España dominadora y caballeresca.

Frente a este símbolo de pura raigambre castellana, doblemente admirable en un valenciano de pura cepa—pues valenciano es don Pedro Parra—se alzaba con singular contraste el genio levantino, ardiente y aventurero, la fiebre trotadora de Jaime de Argila, el catalán de alma viajera y soñadora y de aptitudes tan encontradas y múltiples que a la vez le permitían escribir indistintamente una crónica en francés, en español y en italiano, sostener negocios con los árabes en su propio idioma, tomar una parte activa en las inquietudes políticas del país y ser el hombre de confianza de un fastuoso príncipe árabe, casado con una auténtica «gatita» de la Villa del Oso y del Madroño, famosa en Egipto por su maravillosa belleza...

En alegre y pintoresca caravana de coches y automóviles, la farándula barcelonesa se dirigió al «Teatro Kursaal» donde tenía que debutar al día siguiente. En las fachadas y en las carteleras la eréclame de la compañía editada profusamente en español francés y árabe despertaba, curiosa la atención de nuestros compañeros. Por primera vez, en tierras de Oriente, iba a actuar una compañía teatral española.

En el «Teatro Kursaal» conocido también por «Kursaal Dalban» nombre de su pro-

pietario—uno de los más famosos empresarios de Oriente—es sin disputa el mejor coliseo de la capital. Situado en la vía más importante, con su ancho portalón de entrada esquinando con otra avenida no menos céntrica, con sus carteleras vistosas y su iluminación profusa, ofrece a los ojos del transeunte la perspectiva alegre y seductora de los teatros del viejo Montmartre parisién.

Frente a sus amplias aceras, que las terrazas de los cafés llenan de músicas y de alegrías, levántase—nota curiosa—el «Fronton Español» con su juego a la española y sus pelotaris españoles, lugar predilecto de reunión para el público del Cairo.

Mientras buena parte de la compañía se acomodaba en un Hotel, vecino al teatro, en el escenario se montaba febrilmente el decorado, se repartía la ropa teatral y se ensayaba la orquesta.

«País del Sol» era la obra anunciada para debut de la compañía. Este título, que hubiera surtido su efecto en países del Norte, ofrecía a nuestros ojos, en Egipto, bajo el infierno del sol africano, una cómica y singular paradoja. La audacia de oponer nuestro «País del Sol» apenas tibio, apenas dorado, al sol africano que nos abrasaba, era manifiesta. ¡Bamos, tartarines, a deslumbrar con una débil bujía de esperma a todo un país en ascuas cegadoras. El sol de las Ramblas de Barcelona, como nuestro, más de oro de ley, más poderoso que en país alguno, había seguramente embriagado nuestras retinas cuando, nos dispusimos a bautizar nuestro espectáculo con título tan jactancioso.

El sol del Cairo, se vengaba indudablemente, de nuestra exaltación temeraria de ramblistas—más peligrosa, más tartarinesca que la de los famosos cazadores de gorras—scometiéndonos con verdadera saña. Parecía como que el haz más abrasador de sus hogueras, fuese dirigido a través de una lente, concentrado, preciso, hiriente como una catapulta, sobre nuestro débil cuerpo, cuando confiados o incautos nos lanzamos a la calle. La persecución, entonces, era segura, evidente. La venganza, desconsiderada y cruel. El rayo torturador seguía nuestros pasos como el foco luminoso sigue a la «divette» sobre la escena.

El astro rey, seguramente, sonreía, irónico, desde la altura, viendo cómo sudorosos, jadeantes, el aliento en llamas, cruzábamos las calles para dirigirnos al ensayo de... de «País del Sol».

A las pocas horas de nuestra llegada, todo estaba dispuesto, todo estaba preparado para la representación.

¡Bamos a ella sin temor a baches ni tropezos. El comediante español, que en verdad sea dicho, no se distingue por su atención, por su estudio ni por su disciplina en los ensayos, se crece, se agiganta como artista alguno, llegado el momento de la representación. Lo que para seguridad en un actor alemán, requiere trimestres, en un inglés meses y en un francés semanas, en el artista español, precisa únicamente de una sacudida de hombros, un ¡allá vá! temerario y unas horas de intensa actividad nerviosa...

Sus condiciones de «repentista» nos ponían a cubierto de todo descalabro. El estreno—¡no faltaba más!—iba a transcurrir en condiciones de verdadero primor. La noche habría de ser triunfal, gloriosa...

Pero, no avancemos los acontecimientos—como se decía en las novelas por entregas—y dispongámonos a relatar en capítulo aparte el espectáculo con que «Mujeres y Flores de España» iba a presentarse al público del Cairo.

SABADO

por DOMINGO DE FUENMAYOR

—¿Y me traerá también una muñeca?
La enferma, incorporada en la cama, strajo hacia sí la manta, la besó en los bucles de oro por los que entró sus blancas manos, caríciosa, y concedió:

—Sí, te traerá también una muñeca.

—¿Gande?

—Muy grande.

—¿Más alta que yo?

—Más alta que tú, hijita mía.

—¿Y el caballo para Fernandín?

—También el caballo para Fernandín.

Fernandín, que estaba adormilado, se despertó al oír nombrar su anhelado juguete, preguntando ansioso:

—¿Es que ha vuelto ya María Luisa?

—No, no ha vuelto aún. Pero no puede tardar.

Y tardaba, tardaba, la hija mayor. Ya era de noche. De la calle del barrio popular, llegaba la alegría bullanguera del sábado. Se oían los pregones de los vendedores ambulantes, con un eco ferrial. Pasaban matrimonios dichosos y parejas de enamorados, disfrutando del anticipo de la fiesta que es la víspera, más amable que la fiesta misma.

Y mientras la alegría honrada, la alegría sana de los poderosos de la humildad—que hasta en ella hay categorías—circulaba bajo el balcón, arriba, en el casa pobre, se iban colgando las paredes de crespones nocturnos, de ansiedades y desesperanzas.

No venía María Luisa, no venía. Ya el reloj había señalado varias horas y ya por la calle había horribles mujeres que llamaban a los hombres desde las negras bocas de los portales. Y de muy lejos, como un lamento, llegó el canto sabático de un borracho, acabando de hacer medroso el instante.

Al fin, llamaron a la puerta. En revuelo de pájaros, recobrada la alegría, fueron los dos niños a abrir, mientras la madre, anhelante, compuso una sonrisa, que fué en el rostro amarillo, como una crispación de dolor. Era, en efecto, María Luisa, que llegaba

con un gran envoltorio en los brazos. No habría la muchacha cumplido aún los diez y siete, mas ya los abríles de la feminidad habían hecho florecer en su cuerpo graciosas consignas. Mas, regresaba dolorosa, empañados de lágrimas los ojos negros.

—¿Qué nos trae?—apremiaron los nenes. Y ella los apartó dulcemente, maternalmente.

—Ahora, ahora—dijo—vamos a ver a mamá—y avanzó transida, hasta el cuarto de la enferma, desplomándose en sus brazos, abrazándola, mientras estallaba en sollozos su congoja, bien pronto coreada por el llanto de los niños.

—No lo han querido—explicaba entre hipoes—no lo han querido. ¡Dicen que hace demasiado calor aún para tomar abrigo!

Y explicó su doloroso recorrido por las casas de préstamos, con el pobre abrigo de obrerita que nadie le quería tomar—porque no hacía bastante frío todavía. El pobre abrigo que les hubiera permitido no acostarse sin probar bocado.

Pasaba la noche. Primero lloraron los niños por el desengaño de los juguetes, con un angélico llanto que hacía que doliera el alma.

Luego se impuso la necesidad fisiológica de comer, y entonces lloraron los niños con un llanto enloquecedor que daba miedo y que tenía algo de aullido de los perros a la muerte.

Agotaron las dos mujeres sus tesoros de consuelos y agotaron también los recursos de esperanza. No eran nada, no valían nada, no significaba nada para la gente de la ciudad que se divertía o dormía tranquila.

Aún subían voces de la calle en sábado y ya no un lamento aislado, sino un coro de borrachos se escuchaba.

Abrazadas las dos mujeres, recordaban sin hablar días felices, que siempre se dado el dolor a los contrastes de alegría. Después, la hija, bajos los ojos, encendido el rostro,

afeteante el seno virginal, comenzó a desgarrar atroces designios. La madre se tapó los oídos, se mesó los cabellos:

—¡No te quiero oír, hija, no te quiero oír!—rogó, más que impuso.

—¿Pero vas a dejar que se nos mueran de hambre, madre?

Y como ya no era aullar de perros, sino de lobeznos, el llanto de hambre de los niños, la enferma besó en la frente a María Luisa, y no dijo nada. Pero fué el beso como una autorización y, también, como un bautismo de forzosa ignominias.

La doncella, santificada, nimbada su belleza por el dolor del sacrificio bárbaro, salió a la calle, dejando la casa llena de lutos de noche y de tristeza. En la obscuridad, brillaban los ojos enloquecidos de la enferma, como los de una tigresa ante una hoguera...

Ya amanecía cuando regresó María Luisa, como una muerta. El más bestial ultraje la había abofeteado y se tronaba, convulsionada sobre la camilla del comedor, en la que había quedado el pobre abrigo de obrerita.

Dormían, o estaban muertos, los niños, rendidos. La enferma se revolvió en el lecho, alumbrado por el primer rayo de sol pálido.

—¿Ya has vuelto, hija? ¡Ay, que condenación ha debido caer sobre nosotras esta noche! ¡Ay, Virgen, que Dios no me perdonará nunca haberte dejado marchar!

Se incorporó, la doncella, atezada de congojas, flagelada de desencanto, vilipendiada y hermosa, hermosa, trágicamente hermosa:

—¿Qué vergüenza, sí, madre que diabólica, qué horrible, qué inmoral vergüenza...—dijo, y se abatió, de nuevo, sobre el rebufo que formaba el abrigo, como otro harapo, por el que los mercaderes no quisieron dar tampoco un puñadito de dinero, en la fiesta del sábado.

Historia de un cuadro

POR DONDE VIÑO LA MUERTE

por MACARIO GOLFERICH

*Un fraile y una corona
Un duque y un cartelista
Anduvieron en la lista
de la bella Calderona.*

Cuando en el Museo del Prado se contemplan las telas de Velázquez, lo que más admira, mucho más que el diseño, que el color, y que la factura con sus pastosidades y refregados, es que el pintor de los retratos puso en ellos el alma del retratado desde la franca candidez del príncipe Balvasar Carlos, aún niño, o de la princesa Margarita en «Las Meninas», va a la dura sensualidad del príncipe don Carlos. Esta fuerza expresiva la puso sobre todo Velázquez, al retratar a Felipe IV, con sus cuidados y retorcidos bigotes, su infatuoso empaque, sus inexpresivos ojos, la palidez del rostro. Todo en él denuncia un alma sin voluntad y un cerebro acuoso, de cuyo carácter aprovechó el ladino favorito Conde-Duque de Olivares, que, en la lucha con la reina, interpuso las gracias de la comedianta María Calderón, heroína del Corral de la Pacheca.

De los amores de la Calderona con el

Rey, nació un hijo, y los cortesanos, indujéronle a que lo reconociera e impusérrale el nombre de Juan de Austria con tratamiento de Príncipe y Alteza, recordando otro Juan de Austria a quien los cortesanos impusieron el veto.

El hijo de la Calderona era muy mozo imberbe, y, en sus vicios jaleado por los serviles cortesanos que con ello lisonjaban al padre, que hubo un tiempo en que creyóse, gallardo y calavera.

En este ambiente de corrupción creció en la Corte el muchacho bastardo.

El marqués de los Vélez, virrey de Nápoles, imponía cada día al pueblo nuevas gabelas, llegando hasta al arriendo del monopolio de la harina, para él muy lucrativo, y ello dió lugar a la revuelta llamada de Masaniello en Nápoles. A la Corte, para lisonjear al Rey Enrique IV, accediósele mandar con especiales poderes y tropas, al bastardo don Juan de Austria, quien pasó a Nápoles.

Un gran pintor residía entonces en aquella ciudad, el llamado Spagnoletto, o sea el valenciano José de Ribera, y allí en su taller, vivía él feliz con su familia y una hija que Dios dotó de gran belleza, tanto que, encargándosele el lienzo de la Inmaculada

para el altar mayor de las monjas de Santa Isabel la Real de Madrid, fué su hija el modelo para la figura de María, causando el cuadro admiración en Nápoles y en Madrid, pero aquel lienzo labró la desgracia del gran pintor.

Don Juan de Austria, a espaldas del padre, a quien aparentaba proteger, introdujose en el taller, corrompió a una criada y a un mancebo y, con palabra de casamiento, logró a la muchacha, mas dejóla burlada, lo que hizo perder la razón al pintor José de Ribera. De estos amores, nació una hija, a quien protegió Felipe IV y, niña aún, entró de educanda en las Descalzas Reales de Madrid donde profesó más tarde, y aún en la clausura del citado convento, consérvase un cuadro donde véase a Felipe IV presentando su nieta a la priora.

Las cortesanas celestinas, mostraban ufanas la Concepción que pintó Ribera para Santa Isabel la Real de Madrid, y contaban la desgraciada historia de quien sirvió de modelo, por lo que, la superiora recabó de Claudio Coello que repintase la cabeza de María Inmaculada e hiciera desaparecer la bella cara de la víctima y heroína de una infamia.

A la hora del calor

DEL ECO DE SOCIEDAD A LA SERENIDAD, PASANDO POR LA FRESCURA

por RAFAEL MORAGAS

En esas horas caliginosas del estío, hay que apurarlo todo para no aburrirse. No vamos a negar que las mañanas, en la playa y los atardeceres en el campo, no tengan sus atractivos, pero lo que es, desde las tres a las cinco y pico, el aburrimento es épico.

En los casinos veraniegos, se comenta todo, todo. Y no falta quien nos requiera para que publiquemos en el periódico cuanto se rumorea por los pueblos. Somos de natural complacientes, pero como acceder a publicar...

Pero, ¿por qué no? en esta sección que procuramos sea lo más amena posible.

La otra mañana, nos invitaron a una boda y acaso con la aviesa intención de que imitáramos al novio en el heroico trance. La novia, no era ni más fea ni más bonita que la mayoría de las novias. Le suplicamos a una señora, que nos describiera el traje de la desposada y nos dijo, nuestra amiga, figúrense ustedes, que la novia llevaba «una sinfonía en blanco mayor con un andante gris, que era el collar de perlas».

Nosotros, nos vamos a callar los nombres de los novios, porque la verdad, después de lo de la «sinfonía en blanco y el andante gris», no queremos disgustos. Recordamos, el que tuvo un compañero nuestro, muy dado a las notas de sociedad, que allá por el año 1908, al reseñar en un periódico local una boda, se le fué la pluma, y dejó escrito lo siguiente:

«La feliz pareja, salió ayer mismo para Alicante, donde la tía de la novia tiene una casa de préstamos».

También acude a nuestra memoria, la no-

ticia que dió un corresponsal a un ex colega nuestro, referente a una boda celebrada en una capital de segundo orden, que decía así:

«La boda de la que fué hasta ayer la señorita Crispina Cencerrilla, ha sido un gran suceso mundano. Esa boda, y la inauguración de la Nueva Buñolería de la calle Mayor, han constituido los dos grandes acontecimientos de la seasión».

No vamos a citar el nombre del pueblo—un alto de auto—donde oímos, la otra tarde, una salida digna de consignarse. Teníamos apetito—continuamos la osadía de comer cada día—y pedimos un panecillo y unas rodajas de salchichón. Nos dieron algo indigerible.

—¿Salchichón esto?—dijimos al mozo— ¡Vamos, hombre! ¡Es cosa de reirse!

A lo que nos contestó el mozo:

—Menos mal que a usted le hace gracia. Los demás se ponen furiosos.

Bien se veía que el tal camarero conocía sobradamente el arte de navegar. Hay quien nunca pierde la serenidad, pase lo que pase y suceda lo que sobrevenga.

Recuerdo también, haber oído en un mitin a un orador (modelo de sangre polar), que decía:

—Si mis adversarios creen que me van a azorar con sus interrupciones, se equivocan. Estoy muy acostumbrado a que me llamen idiota e imbécil.

La serenidad ante todo. Serenos y vigilantes, que escribió un articulista en un

diario barcelonés, encabezando un artículo.

Para serenidad, la que tuvo nuestro imponderable amigo Perico Valdivieso, una noche, que en la Diagonal le atracaron. Valdivieso, por la tarde, había timbado de lo lindo y no llevaba ni un céntimo en los bolsillos. Encendió un pitillo y se fué a tomar el aire. De pronto, surge de las sombras un ladrón provisto de una faca.

—¡No se asuste usted! No quiero más que saber si en estos bolsillos hay dinero.

Valdivieso—¡Magnífico! Mírelo. A ver si tiene usted más suerte que yo.

La serenidad de Valdivieso, recordaba a la de Antonio Roses, del que en más de una ocasión hemos hablado en esta hoja dominical.

A Roses, una mañana de algarada estudiantil, lo trincaron los del orden, y lo enchiqueraron en el cuartelillo. Lo primero que procuró Roses, fué forcejar una reja para escaparse. No pudo realizar la fuga, porque le echaron la vista encima. Al interrogarle el delegado, le dijo:

—De modo que ha intentado usted escaparse por la ventana.

—No lo niego—respondió Roses;—yo cuando estoy preso, no me paro en barras.

